

Clausura

● MARÍA NOEL LAPOUJADE

Nuestra imagen de espacios imaginarios

Grandiosidad espacial de una iglesia gótica, altura y profundidad metafóricas de lo infinito.

Enorme arquitectura imaginaria contenida en las pequeñas dimensiones de una caja de madera. Caja de madera. Ella es un cofrecillo de óptica. Instrumento, técnica que —como un artista quieto— forja también ilusiones visuales.

Este cofrecillo de óptica agrega engaño al engaño: es una pintura.

Ilusión forjada por un pintor, holandés, Carel Fabritius (1622-1654), maestro de Vermeer. En la pequeña y poderosa Delft del siglo XVII, maestro y alumno trasmutaron la pintura de raíz.

El ojo perfeccionista y la paciencia imperturbable del miniaturista medieval apelan a la más estricta geometría y a la óptica. Ciencias cuyas técnicas al servicio de la pintura transmutan la mirada sobre lo real, invitan a imaginar.

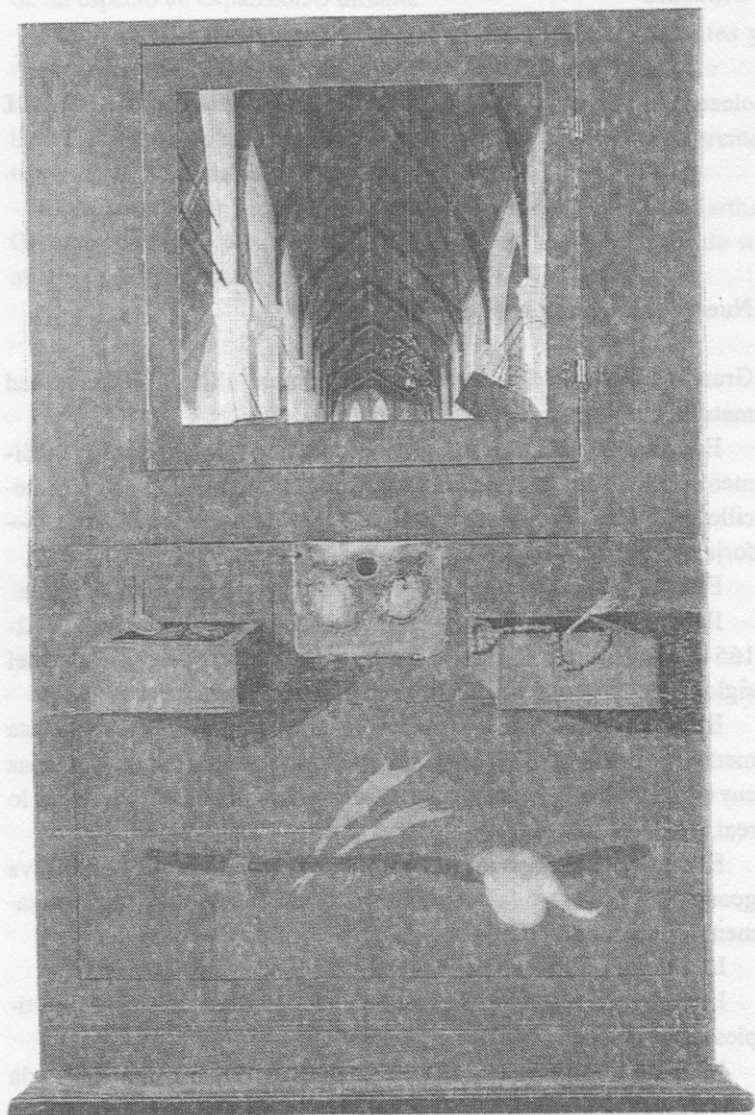
El más perfecto apego a lo real, con el auxilio de la perspectiva geométrica estricta y la óptica en sus cámaras oscuras, es precisamente su transgresión.

Lo real se expresa en un juego pictórico de ilusiones.

Lo real se desvanece, pictóricamente, en el despliegue de múltiples sustituciones imaginarias.

La pintura nos enseña a mirar de manera nueva el mundo. Nos da ojos nuevos.

Leonardo tenía razón, “la pintura es filosofía”. Reflexiona la realidad en sintaxis de imágenes visuales, propuestas de infinitos mundos posibles.



Carel Fabritius (1622-1654), *Le Cabinet d'optique*.

Una metáfora espacial

El ser humano construye las culturas.

El edificio de la cultura de nuestro tiempo es un edificio complejo.

Sus habitantes son las artes, las ciencias, las humanidades.

En él cohabitan, encerradas cada una en un recinto, las diversas formas del saber y el quehacer humano.

Cada recinto tiene ventanas. Sólo que desde hace mucho tiempo, un trayecto importante de la historia ha sido recorrido con las ventanas cerradas.

El aire está viciado.

Es preciso dejar entrar el aire y la luz. Es preciso vernos por las ventanas. Es preciso abrir las puertas y salir de nuevo al mundo, esta vez reconciliados.

Una ventana abierta: esbozo para una poética

Una necesidad de nuestro tiempo es volver a hilar, *reconstruir*, el tejido desgarrado de las actividades en que la humanidad se plasma: artes, ciencias, humanidades.

Una posible vía es la que une la diversidad *en y por* su origen, *en su fuente*.

Su fuente, su origen, es *la póiesis*.

La póiesis es la médula viviente de nuestra propuesta hacia una ontología de lo humano.

Desde una estética plástica procurar un hilo para reconstruir este tejido que es la unidad del saber y el hacer humano en su compleja diversidad.

Entiendo por *póiesis* la energía vital humana que brota en busca de formas.

Estas formas son las configuraciones de las creaciones humanas.

Las diversas manifestaciones de lo vivo son fuerzas que emergen, y en cuya emergencia encuentran diversas formas, plásticas, proteicas, en devenir.

Si regresamos a tiempos remotos, las formas originarias de vida pueden ser leídas en las conchas.

Gaston Bachelard nos dio una lección magistral al respecto:

Aquí la naturaleza imagina y la naturaleza es sabia. Bastará con mirar un álbum de amonitas para reconocer que, desde la época secundaria, los moluscos construían su conchita siguiendo las lecciones de la geometría trascendente. Las amonitas hacían su morada sobre el eje de una *espiral logarítmica*. Naturalmente el poeta puede extender esta categoría estética de la vida.¹

En los comienzos nebulosos —entre conocidos e imaginados— de la vida, ella brota como *espiral*.

Espirales fósiles. Caracoles espirales.

Una espiral nace al ojo reflexivo, dibujándola *imaginariamente*, como la *línea*, engendrada por el movimiento *imaginario* de traslación, de un ente *imaginario* llamado punto.

Cuando el punto deviene corpúsculo, su trayectoria espacio-temporal da volumen a la espiral. Ella ha nacido como cuerpo al ojo pensante.

En el *volumen viviente* de la naturaleza, las espirales se muestran en los vertiginosos movimientos del remolino, del torbellino, del huracán.

Espirales forman los remolinos del mar, los cartesianos movimientos en torbellino con que el viento nos tambalea.

Espirales, las pinceladas crispadas que pueblan los cielos violentos de van Gogh.

Las espirales vivas giran vertiginosamente atrayendo hacia el imán de su centro todo cuanto ose pararse en una de sus vueltas.

Nos arrastran —indefensos— para compartir la ebriedad de su centro voraz.

Desde la indeterminada in-finitud de una playa desierta, de una interminable estepa, un desierto de insobornable ilimitación, comienza, lenta, la espiral de una danza, que nos invita, incautos, a entrar en la interioridad.

¹ Gaston Bachelard, *Poétique de l'espace*, cap. v, PUF, París, 1957, p. 105,

En ella se acortan los círculos, la danza aumenta su ritmo, los círculos se estrechan, la rapidez de los giros envolventes nos arrastra. El vértigo del movimiento de la vida se apacigua en la infinitud del punto de energía infinita, centro de cada humana interioridad.

La totalidad se hace presente en el recóndito punto abismal de la intimidad; *no lugar* en el que los dos infinitos, el infinitamente grande y el infinitamente pequeño se intersecan; *no lugar* en que la exterioridad es íntima.

El espíritu, nómada aún en la intimidad, se vuelve peregrino en el eco gozoso de la espiral de la vida.

Desde la exterioridad, despojándose, emprende la danza vertiginosa con que recorre el torbellino centripeto.

El punto de su centro, como el *imaginario* corpúsculo einsteniano de espacio-tiempo *imaginario*, es vivido como núcleo ígneo de energía: chispa de vida.

Fuente mínima, incandescente, derramada en la lava de la creación.

Infatigable energía en busca de formas, papalotes sujetos por un hilo invisible que los une a su raíz.

Este rápido bosquejo de una poética del espacio imaginario contiene la descripción metafórica de un movimiento fundamental.

Y nuestro coloquio ha sido muestra y expresión de esa *póiesis* fundamental.

Si no nos olvidamos que cada uno es un portador de la humanidad, entonces reencontraremos:

- la naturaleza volcánica de su condición humana que le impele a arrojar lava desde sus entrañas en busca de formas;
- encontraremos nuestra encarnación a escala humana de la crisálida, en la que se suspende el tiempo, para que, de la metamorfosis de la muerte surja una vida más plena. Más plena por ser libre, vuelo sin ataduras.

De la conchita al universo, el espíritu danza la espiral infinita de lo posible.

Es preciso buscar las fuerzas fundamentales, rescatarlas del olvido, pues de ellas brotan las creaciones humanas como formas plásticas.

Así, queremos una humanidad no guerrera, hostil, con los ojos puestos en la muerte, sino una humanidad aventurera, acróbata y danzante, que reconstruya un mundo de hospitalidad.